

NOTAS DE UN TESTIGO

POR

Miguel de Unamuno

ME cogió, sin sorprenderme, la huelga general de Agosto en esta ciudad de Salamanca. Aquí fué, como en casi todas partes, completamente pacífica, conforme a la intención de los que la prepararon. Es decir, que aquí ni alteraron el orden ni provocaron a alterarlo los encargados de mantenerlo. Lo que no quiere decir que no pocos burgueses, envilecidos por el pánico, no propalaran la especie de que estaba acordado por los obreros un saqueo de casas de ricos y hasta algunos señalaban el número de éstas. A tal vileza lleva la cobardía.

El lunes, 13, por la mañana salió el gobernador, con escolta honoraria, a impedir que se cerrasen los comercios de la Plaza Mayor, y a algún comerciante que le dijo que cerraba, no por temor a violencias de los obreros si no porque así le placía, le replicó que se le tendría por sospechoso. De revolucionario sin duda. Horas después, proclamado el estado de guerra, hacía el cargo del mando la autoridad militar, cesando la civilidad, que es lo normal y lo único justo.

Empezaron las detenciones de los sospechosos, ya por denuncias recibidas en la ciudad misma, ya por órdenes venidas de Madrid. En uno de los días se prendió a un súbdito francés, de la carrera consular, y se le llevó a la cárcel entre un piquete de soldados en pleno sol y por donde más gente podía verlo. El efecto que con esto, sin duda, se buscaba, era hacer creer al pueblo que la huelga había sido provocada por agentes franceses o aliados para así, atribuyéndole un sentido antineutralista, hacerla abortar. Corría en tanto de boca en boca el absurdo tópico, alimentado desde el Ministerio de la Gobernación, si es que no nacido en él, del dinero francés e inglés. En plena sesión de la Cámara de Comercio de esta ciudad tuvo uno de sus miembros la ligereza de afirmarlo. Era la consigna.

Gentes que salían de los gabinetes del Gobierno civil se encargaban de extender por la ciudad noticiones sensacionales para infundir terror en los huelguistas. Entre ellos que, después de juicio sumarísimo, habían sido ya o iban a ser fusilados los individuos del Comité Central de huelga. Servíanse, además, al pueblo, las mentiras todas que se fraguaban en Gobernación.

Parece que también aquí hubo infelices de alma esclava que fueron a las autoridades a ofrecerse como policías honorarios. Desde luego los trogloditas. Aullaban que el objetivo del movimiento rebelde era el de arrastrar a España a la guerra, y se dice que en más de una parte se animaba así a los soldados a que se dispusieran, si llegaba el caso, a hacer fuego sobre los suyos, diciéndoles: «¿qué preferís, hacer fuego aquí contra los rebeldes o que os maten en las trincheras?» Un alemán opinaba aquí que contra tal desorden — y no le había — lo mejor era el método prusiano de represión. La

autoridad militar recibía a diario montón de anónimos denunciando a unos o a otros, que esta del anónimo es arma de que usan las gentes sedientas de orden.

El Ayuntamiento de Salamanca se había adherido con anterioridad a estos sucesos a los acuerdos de la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona y había propuesto por su parte una Asamblea de Municipios, que Sánchez Guerra decretó caprichosa y arbitrariamente que sería ilegal. Pues no bien estalló la huelga reunióse el Concejo con asistencia de cinco concejales, y acordaron dejar aquellos otros acuerdos sin efecto, añadiendo que la huelga revolucionaria había sido provocada por la Asamblea de Parlamentarios. No cabe decidir si esta especie procedió de torpeza, de servilismo o de vileza.

Como el permanecer cerrados los cafés podía influir en la depresión de los ánimos, la autoridad gestionó que se abriesen, mas los dueños alegaron que ello dependía del gremio de camareros. Autorizó, pues, o más bien promovió la autoridad una reunión de este gremio y a uno de los camareros que en ella se opuso a la vuelta al trabajo llevósele de allí a la cárcel sin otro motivo.

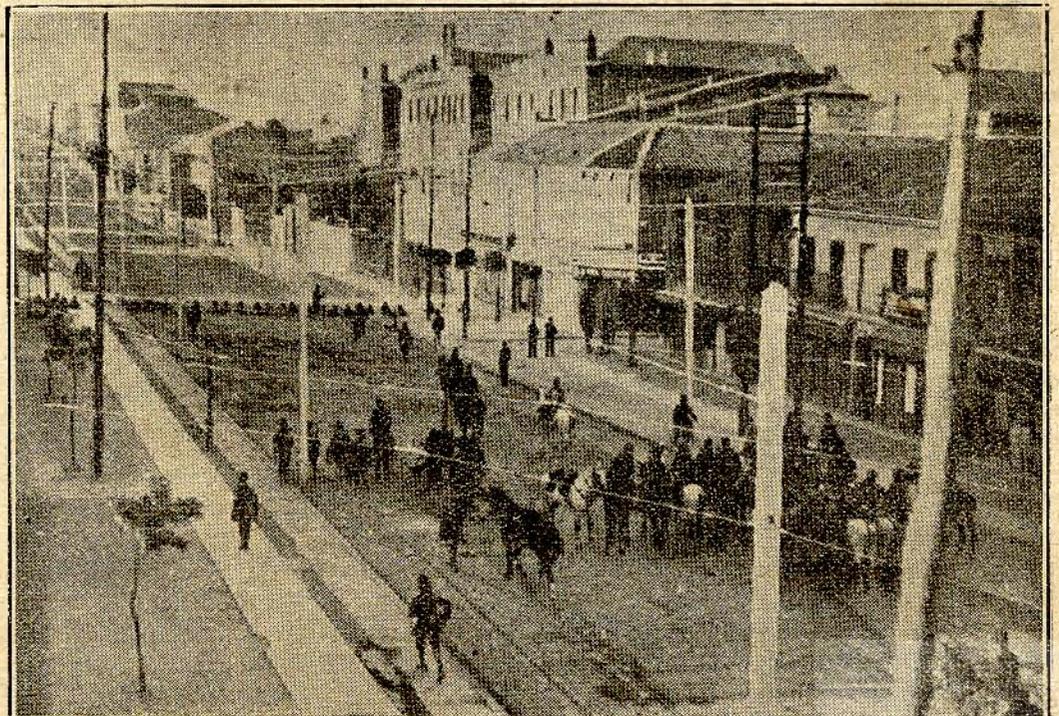
El orden fué durante todos los días perfecto, siendo, en rigor, inútiles las parejas mixtas, de guardia civil y soldado—jinsigne muestra de confianza mutua!—que recorrían la ciudad. La fuerza pública no alteró aquí ni por un momento el orden.

Lo que oprimía el corazón era el estado de ánimo de la burguesía de la clase media, farsaica en gran parte, envilecida por una cobardía irracional y que esperaba verse al fin libre

del fantasma obrero. Los patronos y patronzuelos hacíanse la ilusión de que reprimida con mano fuerte la huelga se acabarían las asociaciones obreras, que son su pesadilla, para fundarse luego esas miserables majadas de obreros-ovejas a que se llama patronatos. ¡Se iba acabar con el obrerismo!

Terminó, por fin, la huelga y al punto pensaron los atribulados hombres de orden en organizar un homenaje a las fuerzas que tan patrióticamente se habían abstenido de provocar el desorden. En la Cámara de Comercio se formó una comisión organizadora del homenaje popular —con votos en contra de vocales de dicha Cámara, lo que se calló al dar cuenta de la sesión una prensa envilecida y bellaca— e hizo circular a los presidentes de asociaciones y entidades colectivas un escrito en que decía que «interpretando el común sentir de este pueblo» abría una suscripción pública «con objeto de obsequiar al ejército, guardia civil, guardia de seguridad y de vigilancia por su patriótico comportamiento durante la felizmente muerta intentona revolucionaria». Y añadía: «La entidad de su digna presidencia, dando pruebas de su patriotismo, contibuirá a engrosar las listas de donativos y estampará sus firmas en el ALBUM que se ha de ofrendar en prueba de respeto por su enérgica actuación.» Y acababa: «A él lo espera de su lealtad y generosidad.»

Al testigo que traza estas notas se le envió una de estas imperativas invitaciones como a presidente que era y sigue siendo del Ateneo de Salamanca. Y contestó diciendo: «Por estar en vacaciones y ausentes casi todos los individuos de la Junta directiva del Ateneo de Salamanca, no me es posible reunirlos; pero ya que a mí viene el escrito, puedo, por mi sola propia cuenta, anticiparle mi personal opinión al respecto. El Ateneo de Salamanca es una Sociedad de cultura y no política y no tiene, por lo tanto, por qué condenar ni aplaudir la que esa Comisión llama «la felizmente muerta intentona revolucionaria», sobre todo ignorando, como a su vez esa Comisión también seguramente ignora, el alcance y sentido de la revolución que se fraguaba. No creo, además, que esa Comi-



AVANCE DE UNA AMETRALLADORA

Fotografía Alfonso

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS SALES

ción pueda arrogarse la interpretación del «común sentir de este pueblo» y, en todo caso, es al pueblo mismo, o más bien a los huelguistas salmantinos, a quienes habría que rendir homenaje, pues han sido esos huelguistas los que con su actitud pacífica, su sensatez, nobleza y patriotismo han hecho innecesaria la intervención de la fuerza armada para verse luego, como se ven, calumniados por los que ignoran lo que se proponían. Ni se me alcanza a qué viene apelar a mi lealtad y generosidad. La lealtad a la justicia y al pueblo y la generosidad cristiana lo que piden es que se proceda a juzgar serenamente y con elementos de juicio y que no se dé alas, como en la Cámara misma de Comercio e Industria de Salamanca se ha dado, a especiotas absurdas y malévolas de las que en estos días tristes han brotado del lamentable e incivil estado de ánimo colectivo de ciertas clases sociales. Acababa la carta —cuyo sentido acaba de ser aprobado por la Junta del Ateneo— manifestando el propósito de hacerla un día pública. No pude lograrlo entonces, sospechando que más que la censura impidió su publicación la bellaquería de la prensa local, órgano en aquellos días de las malas pasiones conservadoras.

La suscripción fué copiosa; mucho más copiosa que suele serlo cuando se trata de aliviar la indigencia del proletariado. Acudieron presurosos todos los que dejan que agonice la asociación caritativa para extinguir la mendicidad. A este homenaje, de evidente carácter político, pues se festejaba el fracaso de una revolución, acudieron no ya conventos de órdenes religiosas, sino hasta la Caja de Ahorros, no sin protesta de algún vocal de su Directiva, lo que se guardó secreto publicando una falsa unanimidad. Y es que en aquellos días de pánico y de servilismo el ser republicano era considerado delito. Pesaba sobre muchos el espantajo de la revolución social.

No era, además, conocido de la generalidad —aunque algunos pocos lo hubiéramos leído— el manifiesto del Comité central de huelga, manifiesto que, siendo el cuerpo del supuesto delito, no se ha dejado publicar a la vez que la acusación, defensa y condena para que no se viera desde luego claro la monstruosidad de la última. Y por no conocerse tal manifiesto unos atribufan fines fantásticos y absurdos a la huelga y otros decían que era un movimiento anárquico sin finalidad consciente y clara. Esta era la versión del Gobierno faccioso que provocó la anticipación del acto revolucionario para mejor defender, sobre el pánico burgués, su íntimo carácter despótico y antidemocrático.

En tanto, como nada de seguro se sabía del resto de España, fuera de alguna que otra carta fantástica, corrían todo género de fábulas. La censura contribuía a deprimir el espíritu público. Aunque cumple confesar, en honor de la verdad, que la censura más que con exceso de rigor, con defecto de inteligencia, que no son la disciplina cuartelaria ni los estudios, a base sobre todo de matemáticas, no sublimes, que en las academias militares se hace, lo más apropiado para aguzar las entendederas críticas. Tachábase lo que no se comprendía bien, y era tanto... ¡Ah! lo que hay que agregar que el estado general de ánimo de la burguesía española era el de odio a la inteligencia. La canalla reaccionaria y conservadora, y desde luego la troglodítica, añilaba contra los intelectuales y los in-

ductores y defendía la especie de la no licitud de las huelgas que no lo sean por razones puramente económicas. ¡Pan y toros!

El día mismo en que las afligidas clases de orden, las llamadas fuerzas vivas, ofrendaban el álbum a los que en esta ciudad se habían sabido contener patrióticamente para no provocar el desorden, salió de Salamanca este festigo en dirección a Italia. Iba a presenciar en el frente de la guerra italiano el heroísmo y la civilidad de una nación joven, de cuarenta y siete años, que sabe que sólo haciendo historia se salva el alma, y que va a reconquistar, con su sagrado solar entero, toda su alma eternamente civil y latina.

Al pasar por Barcelona oímos detalles de la rebelión del 1.º de Junio, a la que se le ha aplicado otra medida —la del embudo— que a la del 13 de Agosto, que no fué sino su consecuencia e imitación, y visitamos a nuestro amigo Marcelino Domingo, preso pero se sabe por qué. De labios de nuestro amigo, del valiente denunciador civil de los escándalos de la campaña de Marruecos —sangría y robo—, oímos el relato de los desmanes de que fué víctima en el cuartel a donde le llevaron apenas preso. Como sabemos que estos desmanes, hechos ya públicos en el extranjero, lo llegarán a ser en España —respondemos de esto— nada diremos hoy de ellos. Y habrá que ver si se les aplica

también a sus autores la ley del embudo. Sería fuerte cosa que una vez más quedasen fuera de juicio aquellos a quienes gobiernos despóticos entregan la facultad de juzgar. Ni hay civilización y dignidad y justicia —justicia civil, que no cabe otra que sea justa—, mientras no se logre que bajo la civilidad perezcan todas las absurdas leyes de jurisdicciones especiales y de casta, reliquias de la barbarie de los tiempos de despotismo, clericalismo o pretorianismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

LOS INDUCTORES

RECORDAMOS haber leído en uno de los días de huelga un artículo de *El Imparcial* en que se azuzaba a la policía a echar mano de los que el decadente órgano del inexistente gasetismo llamaba «inductores», de los que por odio a la inteligencia denominaba, como quien lanza una afrenta, con el nombre de «intelectuales». ¿Quién escribiría aquél artículo? Parecía la obra de uno de esos despechados jayanes que buscan en el mazorral anónimo de los artículos de fondo un desaguadero a sus biliosos sentimientos de fracaso en las letras y en política.

LA HUELGA EN BILBAO

POR

Francisco Villanueva

ANTECEDENTES

QUIERE ESPAÑA que cuente a sus lectores lo ocurrido en Bilbao con motivo de la huelga general y hora es ya de decirlo, sin eufemismos, a cuantos lo pregunten.

Este año, como el anterior, como todos los años, el societarismo había puesto a prueba en Vizcaya la fuerza de su organización formidable. Lucharon por conseguir mejoras en las condiciones del trabajo todos los oficios, especialmente los metalúrgicos, que demandaban una reducción en la jornada.

El desarrollo de esta huelga fué pacífico. No se registraron actos de *sabotage*, ni siquiera las coacciones societarias que los patronos consideran atentados contra la libertad de trabajo, esa mentida libertad que, según ilustres tratadistas de economía política y social, pone a los estómagos vacíos frente a las bolsas repletas. Era perfecta la solidaridad entre los trabajadores. Ni uno solo desertó del puesto que en la lucha tenía. Aquello era verdaderamente admirable. Sociedades tan poderosas como la de «Altos Hornos de Vizcaya» no podían reclutar *esquirols* entre más de 25.000 metalúrgicos en huelga. Preferían estos entregar sus hijos a los que los solicitaban para atenderlos mientras durara la lucha, privarse de lo más necesario, resistir hasta el último extremo, hasta la emigración, antes que traicionar a la causa que les unía en una legítima aspiración.

La opinión estaba con ellos. El comercio de la zona fabril les abrió un crédito extraordina-

rio. Recibieron donativos para socorro a los huelguistas. Todo, en fin, marchaba bien para los humildes, para los desheredados, para los que habían prolicido los fabulosos beneficios de la guerra, para los que la guerra misma sólo había tenido los perjuicios que supone el encarecimiento de la vida.

No tenían por qué acudir a la violencia; era dentro del orden y de la legalidad donde estaba el ambiente necesario para el triunfo. Comprendiéndolo así, parlamentaron con los patronos dando repetidas pruebas de corrección y de transigencia; razonando brillantemente cada una de sus reclamaciones; proponiendo fórmulas de arreglo; sometiéndose a la resolución de un tribunal arbitral; haciendo, en suma, cuanto es humanamente posible hacer para no llegar a la huelga.

Terminadas las negociaciones con los patronos, solicitaron la intervención gubernativa. El Gobierno la dejó a cargo de un gobernador civil poco entendido en cuestiones sociales, como si no le interesara resolver un conflicto que tan graves consecuencias podía tener para la riqueza de este país; como si hubiera el deliberado propósito de acabar con el sindicato metalúrgico; como si en el Poder Público estuvieran los consejeros de Altos Hornos...

Todo era inútil. La solidaridad no se rompía. En las fábricas acampaban los soldados, atendiendo a servicios tan inaplazables como los de impedir el enfriamiento de los crisoles. Entretanto los obreros hacían excursiones al campo; frecuentaban los paseos públicos; toma-